



Poemas (1921-1939)

Recogemos en estas páginas las composiciones de aquellos poetas de los cuales tan solo hemos conseguido encontrar un poema de temática medieval. Cronológicamente, abre esta sección «Al destierro», de Fernando Allué Morer, un poema cidiano en eneasílabos sobre la salida de Rodrigo Díaz de Vivar de las tierras de Castilla. A continuación, presentamos un poema de Juan Gil-Albert sobre el poeta andalusí Al-Russafi, de claros tintes barroquistas. Ya en plena Guerra Civil, fueron publicadas numerosas composiciones que orillaron lo medieval, tanto de un bando como de otro. Tal es el caso de los republicanos o anarquistas José Herrera Petere, Arturo Serrano Plaja, Pascual Pla y Beltrán, Luis Pérez Infante o Félix Paredes, que refieren episodios bélicos con tintes épicos y salpicados por referencias a un medievo ideológicamente utilizado en pro de las luchas por la restauración del orden constitucional. En muchas ocasiones, estos poemas pueden ser también reflexiones sobre la situación de la España de la guerra o, incluso, adquieren un carácter irónico o burlesco (tras la senda, por ejemplo, de cierto Alberti). Particular es el caso de Leopoldo de Luis, que dedica a Lorca un poema con algunas referencias al medievo. Con el objetivo de dar fuerza simbólica a las actuaciones, personajes y hechos relevantes del bando franquista fueron escritas las composiciones aquí recogidas de Mariano Tomás, Julio Sigüenza, Manuel de Góngora Ayustante o Manuel Machado. Finalmente, recogemos de Luis Felipe Vivanco un poema dedicado a la reina Isabel I, que ya adelanta la línea de la poesía desarraigada que comenzará a tener fuerza en la España de la inmediata posguerra gracias a autores, como él, ligados a la revista *Escorial*: Ridruejo, Rosales y Panero, principalmente.

Fernando Allué Morer (1899-1982)

Al destierro

Ya todos salen de la iglesia,
que ya el abad dijo la misa.
Flota en el aire matinal
una sutil melancolía,
pues bajo el viento del dolor

todas las flores se marchitan.
Bajo los petos esplendentes,
bajo las fúlgidas lorigas,
palpita un algo misterioso
que al corazón dice: suspira.
Nada ni nadie, el gran silencio,
–fantasma lírico del llano–
su cantinela noble dicta
a los altivos viejos árboles
y a las espléndidas espigas
que ornán el seco paisaje
de esta llanura de Castilla.

El Cid se acerca lentamente
hacia Jimena, Sol y Elvira;
y con ternuras inefables
coge en los brazos a sus hijas
y un beso grave y silencioso,
pone en la flor de las mejillas.
Dos grandes lágrimas, su rostro
cruzan y caen en la loriga
y sobre el hierro toman fúlgidas
irisaciones diamantinas.
Jimena, esposa y madre a un tiempo,
hinca en el suelo las rodillas
y con sus manos temblorosas
prende del Cid la mano altiva
y, con fervor de esposa y madre,
besos en ella deposita.
Y un gran sollozo, del silencio
parece ser el alma misma.

Ambos esposos se contemplan;
cruza la luz de sus pupilas;
un fuerte abrazo une sus cuerpos,
un largo beso une sus vidas...
Y el llanto brota de sus ojos
en la doliente despedida.
Como la uña de la carne

–dice el cantar–, así estas vidas,
que con los óleos de la Historia
están gloriosamente ungidas,
quizás por siempre, se separan
llenas del llanto las pupilas...

El Cid y todos los vasallos
ya están montados en las sillas.
Flota en el viento la quimera
de nuevas ansias infinitas.
Parten veloces y atrás dejan
las nobles prendas tan queridas.
Y pronto el viejo monasterio
se esfuma allá en la lejanía.

Y bajo el sol de la mañana,
con ritmo igual y lento, rima
el galopar de los caballos
sobre la tierra endurecida,
con el latir del corazón
de esas mil almas doloridas...

Rompe el silencio el gran Minaya:
«Oh, Cid, de espada bien ceñida;
¡arriba el ánimo! Pensemos
solo en la empresa que nos guía.
Dejémonos de ociosidades,
y al corazón que aquí palpita
dentro del pecho, ahoguémosle
como si fuera vieja arpía.
Pronto los duelos serán gozos
y las tristezas serán dichas,
pues Dios el alma nos ha dado
para el dolor y la alegría.
... Y levantemos nuestras testas,
que guarda el casco, hasta la línea
más elevada del oriente;
y hacia la tierra prometida
encaminemos nuestros pasos
con noble impulso y fe encendida.

Sigamos todos el sendero
que hacia el final nos encamina,
¡y empiece el éxodo glorioso
por las llanuras de Castilla!».

... Y soltando las riendas
van cruzando veloces Alcubilla,
y Espinazo de Can y San Esteban
de Gormaz...

La infinita

llanura se va abriendo prodigiosa,
de la luz meridiana a las caricias,
como una flor gigante.
Surcan el cielo azul las golondrinas,
se oye el eco triunfal de las campanas,
brota el áureo milagro de la espiga,
y junto al padre Duero –cuyas aguas
silenciosas y mansas se deslizan–
la ramazón inquieta de los álamos
entona, como un triunfo, su cantiga.

¡La llanura infinita se engalana
para dar a los héroes despedida!
Llegan a Figueruela:
aquí está la frontera de Castilla,
aquí termina ya la tierra madre.
Rendidos de fatiga
descansarán; mañana
no volverán a ver la tierra nativa.
Y empezarán las luchas
contra el tropel audaz de la morisma,
¡y la noble quimera se hará carne,
y el ensueño de gloria se hará vida!

Y así termina el poema.
Así la glosa termina
que al cantar de Mío Cid
puso un juglar de Castilla.

*(El Cid en Cardeña y otros poemas; extraído de Romancero del Cid,
edición de Luis Guarner, 1954, pp. 452-454)*

Juan Gil-Albert (1904-1994)

El sastrecillo

(Diálogo con al-Russafi)¹⁹⁶

Dedos que ignoro, ¡oh dedos de destreza!,
claros dedos de amor, vivís heridos,
solos vais y venís aparecidos
siervos de un alba entera de belleza.

Pálido soplo urdiendo ingrata pieza
cuando nocturnos montes ateridos,
hoyas informes, aires de ladridos,
vítreos imantan sueño a tu cabeza.

Te espera en el dintel de la mañana
orla de luz al ojo fatigado,
un subversivo amor, doncel beduino.

La tierra sale, es fiel como la entraña,
escucha en róseo labio matutino
ese vasto mensaje liberado.

(*Misteriosa presencia*, 1936;
extraído de *Poesía completa*, 2004, p. 101)

José Herrera Petere (1909-1977)

El suplicio de Tántalo de los fascistas

Negro perro fascista que ha llegado
de tábanos y moscas perseguido,
rabioso viene, porque viene huido

196. Poeta andalusí valenciano del siglo XII. La vinculación con Al-Russafi brota de la lectura de la antología *Poemas Arabigoandaluces* de Emilio García Gómez (1930), cuya impronta queda destacada en las referencias árabes a lo largo del poemario, siendo esta la única encontrada de carácter medieval: «*Misteriosa Presencia*, apareciendo en 1936, momento nada propio a experimentos, es, sin duda, su libro más barroco y más árabe, rozando a veces un tono de reconocible mística. Tanto ésta como el barroco son dos lenguas propias no de la claridad, sino de la clandestinidad» (Javier Pérez Escohotado, 1983: 53).

de su negra conciencia atormentado.

Gran perro o hiena, fascio sublevado,
de colmillos sedientos y ojo hundido,
llega a Madrid y llama con ladrido,
ronco de sed, canino, condenado.

Infierno negro que describe Dante,
de Caronte, Gerión, llamas y viento¹⁹⁷;
en agua, como Tántalo, anhelante,
el fascio nada débil y sediento.

Quiere a Madrid llegar, beber su vida.
¡Muere!, perro fascista no hay bebida.

(*Milicia popular*, núm. 143, 28 de diciembre de 1936;
extraído de *Guerra viva*, 2017, p. 167)

Luis Pérez Infante (1912-1968)

La venganza del castillo

Sus cuatro siglos dormía
el castillo de Las Navas.
Fuertes, por fuera, muy fuertes,
las torres y las murallas,
y medio muertas de tiempo
las viejísimas entrañas.
Al cabo de cuatro siglos,
despertó una madrugada
con un despertar de guerra
—bandera republicana
izada en un palo al viento
allá en la torre más alta—.
Desde un trigal, los facciosos

197. Caronte: barquero del Hades que transportaba las sombras errantes de un lado al otro del río Aqueronte (según fuentes como la *Divina comedia*) o del Estigia (*La Eneida*). Gerión: monstruo mitológico formado por tres cuerpos con sus respectivas cabezas y extremidades. En la *Divina comedia*, sin embargo, adquiere otra forma: rostro de varón, cuerpo de serpiente y cola de escorpión. Está en el séptimo círculo del infierno.

ven la enseña, y una marcha
organizan sobre el pueblo
castellano de Las Navas.
La columna, numerosa,
pronto llega hasta la plaza
sin que los del pueblo, escasos,
valientes, pero sin armas
puedan cortar el avance
presentándose en batalla.
El jefe de los facciosos,
con voz de sapo en el agua,
pregunta a los aldeanos
lloviéndoles amenazas:
«¿Quién puso aquella bandera
allá en la torre más alta?».
Silencio. Ruge el fascista
una voz de: «¡Carguen, armas!».
Y un cobarde de la aldea
dice, a la vez que señala
al labrador más anciano,
a quien Pollero llamaban:
«El Pollero, que es un rojo».
El Pollero se adelanta
(de viejo, no de cobarde,
sus piernas le flaqueaban).
Y habló el capitán rebelde
con voz de sapo en el agua:
«¡Quita pronto esa bandera,
si no quieres que la tapa
de los sesos te levante!».
El viejo, como por magia,
pudo trepar como un gato
hasta la torre más alta:
las piedras rojas del muro
parecía que le ayudaban.
Ya en tierra con la bandera
que a cien vientos ondeara
habló el capitán fascista
con voz de sapo en el agua:

«Pollero, pisa ese trapo
que por bandera tomabas».
«¡Eso no!» –lloró El Pollero–.
Y cien facciosas culatas
de fusiles, su cabeza
con odio y furia machacan

(*El Mono Azul*, núm. 5, 24 de septiembre de 1936, p. 5)

Pascual Pla y Beltrán (1908-1961)

La reconquista de Granada

¡Ay, quién te viera, Granada!
No son los Abencerrajes
los que te tienen tomada.
Un río de sangre espesa
por tus callejuelas baja,
manchando de odio y de luto
la blancura de tus casas.
¡Ay, quién te viera,
por los moriscos, tomada!
Mozas con senos cortados
no salen a sus ventanas;
los suplicios del martirio
las tienen amortajadas.
¡Ay, si te viera el rey moro
por los moriscos tomada!
Verde vega es en Valencia,
aún más verde es en Granada;
los hombres que la sembraron
ya van por Sierra Nevada.
Campesinos de Jaén
y Málaga, la gallarda,
jinetes en bravas yeguas
cabalgan sobre Granada.
¡Oh, la ciudad de los Cármenes,

el clavel y la albahaca!
 ¡Deshecha en sombras y llanto,
 espera ser libertada!
 Corriendo de Norte a Sur
 —día y noche, sol y agua—,
 los jinetes andaluces,
 pusieron cerco a Granada.
 Campesinos, luchadores:
 ¡tierras que pisa mi jaca,
 generales sin honor
 nunca podrán conquistarlas!
 ¡Ya gime el Generalífe!
 ¡Ya se estremece la Alhambra!
 Los cascos de los caballos
 suenan de la noche al alba.
 ¡Ay, qué rosa amanecida
 verá conquistar Granada!

(*El Mono Azul*, núm. 5, 24 de septiembre de 1936, p. 5)

Mariano Tomás (1890-1959)

Ante las ruinas del Alcázar

España volvió a ser Guzmán el Bueno¹⁹⁸,
 hueso y carne otra vez, tiró su daga
 y, en las entrañas la terrible llaga,
 veló el dolor tras el mirar sereno.

Resultó Numancia, rugió el trueno
 que alumbró de Cortés la noche aciaga...
 ¡Y el claro sol de ayer ya no se apaga,
 que amaneció de resplandores lleno!

¡Nunca otro alcázar tuvo esa fortuna!
 Ocaso y alba en imperial recinto;
 tumba de Imperio y de otro Imperio cuna,

198. De nuevo, la vinculación entre Guzmán el Bueno, y su defensa de Tarifa, y la batalla del Alcázar de Toledo, dirigida por el General Moscardó, razón por la cual le fue otorgada la medalla de Tarifa en 1947.

no llores por la piedra destruida,
que esta mansión del César Carlos Quinto
se dio la muerte para hallar la vida.

(diario *Jaca española*, núm. 287, 25 de junio de 1937, p. 3;
extraído de *Poesía de la Guerra Civil española. Antología (1936-1939)*,
edición de Jorge Urrutia, 2006, p. 72)

Leopoldo de Luis (1918-2005)

Romancero a la muerte de Federico García Lorca

I

*Tocando el tambor del llanto*¹⁹⁹,
galope de jacas negras,
corre que te correrás
entre la noche morena.

Con el aire que levantan,
los olivos se despiertan.
«¿A dónde vais tan de prisa?»
«¿Quién os monta, jacas negras?»
«Nuestro jinete, el dolor;
sus puñales, las espuelas.
Venimos de tierra baja,
de Andalucía morena,
de junto al yodo y al mar,
junto a la sal y a la arena;
y vamos por todo el mundo
pregonando nuestra pena:
en su tierra de Granada,
junto a sus memorias viejas,
han matado a Federico,
nuestro cárdeno poeta».
Los olivos que lo oyeron
enmudecieron de pena.
Llanto color de aceituna
lamía la carretera.

199. Verso del «Romance de la luna, luna» de Federico García Lorca.

Por la noche adentro, adentro,
se fueron las jacas negras.

II

Por los patios de la Alhambra
a la ventana mudéjar,
subía un olor agudo
de azahares y de adelfas.
Por los patios de la Alhambra,
por entre las alamedas
¡ay, cómo olía que olía
a una infinita tristeza!
¡Jardín del Generalife,
y cómo olían a pena
tus viejísimos laureles,
a pena reciente y tierna!

Hasta los celestes prados
sube el ciprés su tristeza,
y el álamo majestuoso
infinito de amarguras
blandamente cabeceaba.
No corre un soplo de viento.
Todo se llena de pena,
y en el aire de bochorno
su abanico verde y grande
deja caer la palmera.

¡Está llorando Granada,
todo Granada, de pena!

El pico del Monte Sacro,
las altas Torres Bermejas
con un pañuelo en los ojos
tristemente la contemplan.

¡Ay, Federico García,
qué triste se está poniendo
tu vieja ciudad morena!

«¿Por qué lloráis, mis jardines;
por qué estáis tristes palmeras?».

«¡Ay, Federico García,
lloramos por una muerte
que se acerca!».

El mar estaba llorando
del alba contra las puertas.
Salpicaba las ventanas
de la playa con estrellas.

«¿Por qué lloras así, mar,
despeinada la melena
de tus desflecadas olas,
qué lloras de esa manera?»

«¡Ay, Federico García,
lloro por una muerte
que se acerca!»

Las palabras, en la noche,
como fina caña eran,
frágiles y quebradizas
como fina caña seca.

¡Cómo lloraba el silencio
escondido entre palmeras!

Todo Granada lloraba
como una triste doncella,
con ojos de mar y cielo
en la madrugada tierna.

Por los picos de la Elvira
la muerte baja a la Sierra,
viene afilada y segura
sobre la ciudad derecha.
De miedo y dolor, del Darro
se estremecen las riberas.

(¡Ay, Federico García,
con un puñal en las manos
cómo la muerte se acerca!)

No.

No se lo claves.

No.

La muerte se ha disfrazado
con vestiduras de crimen
y de traición la careta.
Viene despacio, en silencio;
todo Granada, con pena,
la ve venir, paso a paso;
viene buscando su presa.

(¡Ay, Federico García,
que la muerte ya se acerca!
¡Todo Granada la ve
y él aún no se ha dado cuenta!
¡Por allí, por Sierra Elvira,
vestida de pistolera!)

Todo Granada la ha visto
y a Federico García
le ha cogido de sorpresa.

III

¡Luna de las cuatro en punto
de la madrugada tierna!

Gitanas del Albaicín,
perfil de caras morenas.
¡Cien Soledades Montoya
llorando su *pena negra*²⁰⁰
Gitanos de *bronce y sueño*²⁰¹,

200. Referencia al «Romance de la pena negra», de *Romancero gitano*.

201. Verso del «Romance de la luna, luna»: «Por el olivar venían, / bronce y sueño, los gitanos».

los de la Alcazaba nueva.
¡Cien Antoñitos Camborio
morenos de verde luna,
de verde luna lunera!

(*Por el agua de Granada
sólo los suspiros reman*)²⁰².

La Lola, bajo el naranjo,
no lava, que llora penas²⁰³,
y la Amparo se ha vestido
con una mantilla negra²⁰⁴.

Lloran todas las muchachas
de la Andalucía Reina;
de la Andalucía lata,
de la Andalucía baja...,
¡todas las niñas morenas!
¡Todas las *niñas de España*²⁰⁵
se están muriendo de pena!

Y Granada, tristemente,
llora como una doncella.
¡Darro y Genil, torrecillas
*sobre los estanques, muertas!*²⁰⁶
Por las puertas de Granados
se escapan dos jacas negras
*tocando el tambor del llanto*²⁰⁷.

(*Versos en la guerra*, 1938, edición de Gabriel Baldrich, Miguel Hernández
y Leopoldo de Luis; extraído de *Poesía de la Guerra Civil española.*
Antología (1936-1939), 2006, edición de Jorge Urrutia, pp. 176-181)

202. Versos de la «Baladilla de los tres ríos». Leopoldo de Luis modifica el original: «por el agua de Granada / sólo reman los suspiros».

203. Referencia al poema «La lola»: «Bajo el naranjo, lava /pañales de algodón» .

204. Referencia al poema «Amparo»: «Amparo, / ¡qué sola estás en tu casa / vestida de blanco!».

205. Referencia a «Alba – poema de la soleá»: «Las niñas de España / de pie menudo / y temblorosas faldas, / que han llenado de luces / las encrucijadas».

206. Versos de la «Baladilla de los tres ríos».

207. Cierra el poema con el mismo verso que lo inició que, como se ha dicho, pertenece al «Romance de la luna, luna».

Félix Paredes (1894-¿?)

Bueno y poquito

El Arcipreste de Hita
dijo que poquito y bueno.
Vamos a ver si acertamos,
y disculpad si no acierto.
He visto morir a un hombre,
y, en sus últimos momentos,
defender la Libertad
antifascista. Acabemos,
que el Arcipreste de Hita
dijo que poquito y bueno.

(*Fragua social*, núm. 436, 15 de enero de 1938;
extraído de *Romancero libertario*, ed. de Serge Salaün, 1971, p. 170)

Arturo Serrano Plaja (1909-1979)

Los soldados

Y sus villas y sus tierras
ocupadas de tiranos
las halló,
más por cercos y por guerras
y por fuerza de sus manos
las cobró
JORGE MANRIQUE²⁰⁸

Arriba, por las lomas, el fuego no descansa.
Por el triste camino que marcha entre encinares
vienen los batallones envueltos en la bruma.
Suena el cañón lejano, palpita, dilatada,

niebla gris, oscura, del alba entumecida.
Un sol, pálido y débil por un húmedo viso,
asoma por las cumbres su rojiza amargura.
Sopla furia la muerte, sacude la cabeza

208. Cita extraída de la copla XXXII de las *Coplas a la muerte de su padre*.

y, loca, gime a golpes de metal descuajado.
Con ojos primitivos que el peligro hace ansiosos
avanzan los soldados, atentos a la muerte,
a rastras, entres jaras, eligiendo los troncos

más fuertes, en el bosque, con afán instintivo
y gesto de acosados cachorros indefensos.
A borbotones late, de temor insufrible,
buscando a la temida, la sangre que la espera.

Cede en furia el combate. Palmo a palmo la muerte
cede terreno, cede, vencida por el hondo
contacto temeroso con riesgo mantenido
templada y firmemente por los hombres del pueblo.

Estos soldados eran campesinos y obreros.
Eran trabajadores de rostro silencioso
que sin querer llevaban el corazón dormido
de triste y lamentable y explotada miseria.

Eran un pueblo aislado, miserable y sufrido,
con un poder de toros cernido en su paisaje
y una temperatura de fiebre en su esqueleto,
los que ahora palmo a palmo, rechazan la vergüenza.

Se quemarán los campos, arderán las ciudades
desplomándose en llamas sus techos encendidos.
Desventurada España, más pobre todavía,
desconocidamente soportará su angustia.

No importa. Con cara de gañanes tiene España
vestidos de soldados a sus hombres del pueblo.
No quedará en su tierra, no podrán los tiranos,
ni una sola fanega sometida, humillada.

Con sus botas pesadas y sus gruesos equipos
caminan torpemente pero mueven ligeros
su estirpe, los soldados, de nobles cavadores,
de viejas y esforzadas y encallecidas manos,

hechas al sufrimiento,
hechas de sufrimiento concentrado.

(*El hombre y el trabajo*, 1938, pp. 117-119; extraído de
El hombre y el trabajo, edición de Raúl Molina Gil, 2017, pp. 187-189)

Julio Sigüenza (1898-1965)

Era el tiempo en que España arrastraba su sueño
y en su cama de algas se reclinaba el sol.

La mano de Dios posó sobre su frente,
y fue entonces
cuando hizo de ti el fuerte badajo humano
que golpeaba la voz de la resurrección.

Llamabas desesperadamente
sobre la horda enemiga,
y al conjuro de tu voz concurrieron los ríos
que llevaron tu palabra,
clara y armónica,
sobre sus lomos viajeros de eternidad
en que se contemplan
igualmente simples el hombre y su sombra.

Como en los tiempos de tu hermano El Cid,
las piedras que nacieron con el mundo
se apoyaron en los siglos para soñar tu voz.

Y tú, sobre los bosques,
derramaste tu mística de astros
y, como el sol a la sombra,
resellaste la impronta de tu voz
en las pupilas vírgenes de tus hermanos nuevos.

Y ya todos eran colegiales de la muerte
y de la vida difícil,
y de la vida eterna,
cuando tú tañías aún las campanas del cielo

sobre la tierra madura de España
enraizada en la eternidad.

Como los árboles retorcidos y locos de sed,
los brazos tensos
y las manos altas y estrelladas,
invocaron la lluvia celeste,
fecundadora y paridora,
con la angustia esperanzada
que deja sediento y enfebrecido el labio,
el monte,
la roca
y el mar.

Nada era tan igual como una angustia y otra angustia
en aquella unanimidad de llamadas.
Todas las voces eran senderos de montaña,
y eran agua galopante en los ríos
y cabalgante en el mar.
Eran espuma que tú,
badajo humano,
golpeabas con gesto genésico
junto a las orillas de España en que tu fuerza
y tu poder cósmico
seguían tañendo para darle total,
absoluta,
íntegramente,
en el inmenso cielo
en que se encienden los luceros
que han de formar la eterna y vigilante ronda azul.

Como en los tiempos en que España
surgió de las aguas
nueva y pura,
otra vez se agita su cabellera
entre la sangre coagulada del parto duro y difícil;

del parto gloriosamente nuevo,
fecundamente duro.

Y vibra más que nunca tu voz,
y más que nunca
el amor de todos los brazos
que se quedaron en la orilla del nacimiento
se ausenta para fundir,
integrándolo,
el bronce cósmico en que tú golpeas.

Amanece...
¡En España
comienza a amanecer tu imperio
amigo del Sol!

(Poemas del imperio, 1938, pp. 27-30)

Luis Felipe Vivanco (1907-1975)

Elegía I. Isabel

No invocaré a las musas, ni a los dioses paganos
cuyos cuerpos amables resumen la armonía
tan lejos de mi sangre, ya fiel a sus mayores.
Invocaré al azul, sereno y encendido
sobre la majestad de Castilla la brava.
Invocaré al azul con mis ojos severos
que miran su pureza resplandeciente y una,
libres en el fervor que el pensamiento humilla.
¡Cómo, azul, eres uno sobre todos los hombres!
¡Cómo invitas al canto levantado y unido,
límite del más bello dolor adolescente,
y ya la voz, madura conduce su esperanza!
¡Cómo en ti está el Señor con su luz generosa!
Si la lluvia destierra tu visión preferida,
si las blancas estrellas en la noche lejana
descubren su tesoro de finas claridades,
tú, azul, eres consuelo del tiempo renovado,
pasión de luz entera que a Castilla convoca
para ser vencedora de la humana tristeza.

A ti te invoco, azul, claro azul en el día,
fuerte azul castellano donde acaba el deseo.
Y está el trigo invocando tu amanecida suave
sobre la perfección granada que atesora,
para que los cantares suban, serios, al cielo,
y en los brazos de Dios la tierra esposa quede.
Porque en la noche pura los hombres se arrodillan
y en el alba comienza la unión que nos ensalza,
la comunión del ciclo con la ofrecida tierra.
Pinares y rebaños, de suavidad tocados,
digan el nacimiento del Niño prometido.
¡Las aves y las aguas canten la Eucaristía!
Está el trigo en espigas que esperan el milagro
invocando tu luz para brillar, alegre,
como vuelo dorado por la brisa ligera.
La tierra no conoce los sueños que traspasan
su permanencia fiel, vibrante en la llanura.
¡Ay, Castilla real, Castilla de mis ojos,
qué liviano es el día que no turba la sangre!
Mi gozo en ti se adentra por los finos verdores
del más breve hontanar florido en primavera.
¡Oh perfección del trigo! Primavera de España
ciñes con el temblor de tus ágiles tallos
cuando la carne niña de su cuerpo obediente
la Princesa Isabel bañaba en tu hermosura.
Y el alma verdecía los temblores del chopo.
Y el espíritu noble, con su brioso anhelo,
lograba la ascensión del júbilo dormido.
¡Ved las manos valientes que acarician el brillo
de la piel alazana, fresca de aguas caudales!
Pació el potro la hierba del Betis espacioso
y hoy le consiente el Duero su abreviada ribera.
Crespas vuelan las crines por el nervioso cuello
que alza con gallardía de estirpe soberana.
La dureza del suelo aún no prueba impaciente
ni con aliento altivo bebe el céfiro manso,
y la distancia débil aún no suena guerrera.
Y es tan firme Isabel, que anidarán los pájaros
en su virgen presencia bañada por los trigos.

Ved los azules ojos donde la yerba asoma,
y el jazmín encendido por el rubor sensible!
Piel profunda, gozosa de la sangre que cuida
con su libio candor de nardo delicado.
¡Ved la ardiente corona que derrama sus flores
deteniendo las horas sazonadas del tiempo!
A punto está, pastores de pueblos victoriosos,
de nacer la mujer que os abrirá el futuro
vinculando a la espada la caridad más sola
como cumple al dolor del encarnado espíritu.
Pero aún sabe a niñez lo que miran sus ojos...
Tu mirada, Isabel, es la semilla tierna
de los árboles altos que crecerán mañana
cantando del Señor la muerte redentora.
Ya no eres niña, ni mujer indecisa;
por tu sombra primera, ya eres Reina de España.
Y tu nombre es el yugo que cultiva los campos
si el vigilante amor con sus flechas te hiere.
Tu rubia majestad visitará las olas
y al rumor de tu paso las almenadas torres
su orgullo abatirán y unirán su nobleza.
Los castillos feudales terminan en el viento
que mueve ya sus alas con un clamor de ruinas,
y cumpliendo la gloria del sueño que miraste
viento largo hacia el oro tendido del poniente,
la voluntad del hombre nuevos fines ordena.
Sí, los claros varones levantarán a España,
y será tu sonrisa la flor de capitanes,
adelantados héroes del brío y de la muerte.
No detendrá sus pasos la conquistada orilla,
y en el suelo más fértil correrán nuevos ríos,
y limitando el mar volará la paloma,
y las islas halladas devolverán el eco
de las más encendidas palabras castellanas,
y alabando el destino de la creación reunida
doblarán las campanas sobre la selva virgen.
Vencedora del tiempo con sus formas señoras
sirve a la eternidad la española grandeza.
La verdad revelada preside sus dominios,

el Nombre del Señor sus hazañas confirma.
¡Salmodien las celestes jerarquías atentas
la alabanza de Aquél que vigila sus obras!
¡Salmodiad, hombres todos, vuestro jubilo intenso!
Si ya las blancas nubes su resplandor apagan,
si las fuentes olvidan su manar recatado,
si las sombras desmayan el corazón del hombre
que habita ya el fantasma de sus fuerzas rebeldes,
aún el cuerpo español que tú diste a la Historia
mantendrá la unidad con sus brazos vencidos.
Y a ti, niña Isabel, que tan cerca nos sientes
la brisa de la tarde y el silencio del agua,
la soledad del pájaro y el brillo del lucero,
y el leve movimiento de la rosada cumbre,
y resbalando en ti su frescor regalado,
la penetrante huida de la luz en el río,
a ti que humildemente con tu oración trasciendes
la penumbra tranquila del recogido instante,
pidiéndole a la Madre de Dios Inmaculada
su protección segura para tu grande Imperio
con el acento sobrio, sumiso y entrañado
que pone en nuestros labios la sangre convencida,
te nombramos aún Reina sola de España.

(revista *Vértice*, abril de 1938)

Manuel de Góngora y Ayustante (1889-1952)

Dolor y resplandor del 18 de julio

Aún no era costra seca sobre la innoble losa
del cementerio aquel, la generosa
sangre del mártir; aún se veteaba
la dura piedra con su rota estría
-rúbrica temblorosa se diría
con que su testamento ofrendaba-
y ya, por el Oriente, el nuevo día
de nuestra nueva Edad alboreaba.

Y es que la losa aquella, hecha al triste ejercicio
de la anónima autopsia, formularia y oscura,
volvió en aquel instante altar de un sacrificio
virilmente aceptado en honor y servicio
de la España futura.

Hosca y terrible, aquella piedra inerte
acostumbrada al peso cobarde del suicida
o del que entró en los reinos de la muerte
sin que le diera tiempo de luchar con la vida,
parecía sentir la pesadumbre,
no de un mortal despojo, podredumbre
propicia al negro diente de tierra y de gusano,
sino la inmensa mole de una cumbre
que pesaba en divido, derrumbada en humano;
y en su yerta yertez, resplandecía
con un fulgor extraño, cual si en aquel momento,
una mano invisible la alzase a jerarquía
de ara sagrada y de sillar cimiento.

¡Cuando a aquel ataúd lo tragaba la tierra,
España ya era un horno encendido de guerra!
¡Ay luz cobarde y fría de aquella madrugada
por el más torpe crimen maldecida y manchada!
¡Ay ruido desvelado de aquellas escaleras
holladas con las sucias pezuñas de las fieras!
¡Ay dolor apretado de aquella despedida,
sentencia inaplazable de aquella noble vida...!
¡Ay calle de Velázquez, clara y florida gracia
del pórtico gentil frente a la acacia...!
¡Rodar de aquel camión, gris arcaduz que vierte
en un azul de aurora negras aguas de muerte...!
¡Ay en la rota frente la revuelta maraña
del pelo, en la gris defensa alborotado...!
¡Ay gigante vencido...! ¡Y ay, España
con el lanzón hundido en el costado!
¡Pero no!: un denso bosque de palmas extendidas
-¡yo sentí, con orgullo, su frescura en mi frente!-,
iba a dar por ganada las victorias perdidas,
a sellarse de aquella noble sangre inocente,
a prender con sus llamas las iras contenidas,

y a esparcir por el cóncavo de las ondas podridas
un voleo ardoroso de fecunda simiente.
Y, atravesando el mar, los granos de oro
levantan, al brotar, con un sonoro
clarinear de férvidas dianas
que estremecen los montes y las olas,
¡y otro temblor de verdes palmeras africanas
contestan al bosque erguido de palmas españolas!
¡Y fue el milagro...! ¡Y se hizo realidad el ensueño!
que el Capitán de la sonrisa blanca,
latido firme y despejado ceño,
con látigo de fe fustiga el anca
del nuevo y acerado clavileño
que acuchillando azules y de los aires dueño
desde el Marruecos de leyendas arranca.

Bajo su clara frente crepita el pensamiento
como un haz –lumbre de astros– de reseca gavilla;
y trae, junto a su espada, el testamento
que rubricó en Medina Isabel de Castilla²⁰⁹.
Le aguarda aquí su espada esclavizada:
logia entre la tiniebla agazapada,
sombra frente a su luz, hermano contra hermano,
blasfemia y crimen y ara profanada,
y hoz y martillo y «mono» miliciano...
¡Pero también le espera aquella fina mano,
osamenta sagrada
en la Capilla Real de mi Granada!²¹⁰
Le aguarda la tarea de ordenar nuevas leyes
y nutrir unas hambres y salvar unos lares;
y un Escorial de Herrera con cenizas de Reyes
y una clara Sevilla de custodias y azahares.
Y un León –agujas góticas con que coser
luceros al esplendente y áureo manto salamanquino–;
y un Burgos de abadesas, cides y caballeros;
y un Oviedo cercado y un Teruel numantino.

209. La reina Isabel I de Castilla firmó sus últimas voluntades el 23 de noviembre de 1504 en Medina del Campo, tres días antes de fallecer.

210. Se refiere a los sepulcros, obra de Domenico Fancelli, de los Reyes Católicos, ubicados en la Capilla Real de Granada, donde también se encuentran los sarcófagos de Juana I de Castilla y de su esposo Felipe I.

Domenico y Ribera; y con su ángel, Salcillo²¹¹;
 y Goya con sus majas –nácar, pimienta y seda–²¹²;
 y, junto a las morenas vírgenes de Murillo,²¹³
 la elegante sonrisa del vencedor de Breda²¹⁴.
 El pueblecillo humilde y la ciudad famosa;
 la fábrica y el agro...
 ¡Todo es carne española atormentada
 y por amor de España se hacer carne el milagro!
 Que tal vez en la plata de un lucero ignorado,
 persiguiendo los aires con su beso caliente,
 por su yugo y sus flechas mártir crucificado,
 le va abriendo camino con su antorcha el Ausente²¹⁵;
 y acicate en su dura reconquista,
 de su olivar aceite, cardo de su viñero,
 mientras España exista
 y rece y jure en español su credo,
 ¡siempre habrá en Somosierra un falangista,
 un requeté en Navarra y un cadete en Toledo!

¡Julio Triunfal! ¡Aurora de un claro mediodía
 en que España hace gloria a su agonía...!
 ¡Flamear de banderas victoriosas
 que azota una grandeza recobrada...!
 ¡Pan en la mesa y en las rejas, rosas,
 cruz en los campanarios para siempre clavada...!
 Rusia torva y helada
 –látigo y cheka, tanque y servidumbre–,
 ¡quédate en tus estepas sepultada!,
 ¡déjame estar a mi española lumbre!
 Frente a tu plaza Roja, mi Alcázar toledano;
 frente a tu descreimiento, mi crisma de cristiano;
 y frente al agrio gesto de tu hoz y tu martillo,

211. Se refiere al escultor Domenico Fancelli (1469-1519), al pintor José de Ribera (1591-1652) y al escultor Francisco Salzillo (1707-1783).

212. *La maja desnuda* y *La maja vestida*, pintadas por Francisco de Goya respectivamente entre 1797-1800 y 1800-1808.

213. Bartolomé Esteban Murillo (1618-1682) pintó numerosas estampas de la Virgen, como las diversas versiones de la *Virgen con el niño* o la *Virgen del Rosario*.

214. Se refiere al cuadro de Diego Velázquez, *La rendición de Breda*, popularmente conocido como *Las lanzas*.

215. «El Ausente» fue el sobrenombre con el que se conoció a José Antonio Primo de Rivera entre las filas de Falange tras su fusilamiento en noviembre de 1936.

la generosa y franca sonrisa del Caudillo;
la tumba de mis muertos,
la cuna de mis sueños de inocente,
los frutos regalados de mis huertos,
y la Cruz de mis padres persignando mi frente.
Mis Cristos y mis Vírgenes... Mis libros... y el armario
do el lienzo entre membrillos se perfuma...
Y el lecho en que nacieron mis hijos... Y el rosario
de mi madre... y la pluma
con que trazo estos versos... y el báculo y la espada...
El pueblecillo humilde y la ciudad famosa...
la trepidante fábrica y el quieto y fértil agro...
¡Todo es carne de España atormentada
y por amor de España se hizo carne el milagro
de verla para siempre recobrada!

(*Antología poética del alzamiento*, ed. de Jorge Villen, 1939, p 36-40)

Manuel Machado (1874-1947)

Blasón de España

I

Las piedras del Alcázar de Toledo
–piedras preciosas hoy– vinieron un día
al César, cuyo sol no se ponía,
poner al mundo admiración y miedo.

Sillares para templo de la Fama
palacio militar, a su grandeza
el arte dio la línea de belleza
que a su vez más desdibujó la llama.

Hoy, ante su magnífica ruina,
honor universal, sol en la Historia,
puro blasón del español denuedo,

canta una voz de gesta peregrina:
Mirad, mirad cómo rezuman gloria

las piedras del Alcázar de Toledo²¹⁶.

II

General Moscardó²¹⁷: Guzmán el Bueno²¹⁸
la suprema lealtad el mundo llama.
Mas hoy tiene la lengua de la fama
de Guzmán el mejor el aire lleno.

Insuperable hazaña –se decía–
los muros de Tarifa contemplaron.
Y para nunca más volver, pasaron
aquel hombre y la España de aquel día.

Maravillosamente desmentido
fue tal decir. A la asombrada Historia
tu proeza sin nombre desengaña.

Hoy es más grande que el ayer ha sido.
No faltó España a la suprema Gloria,
ni otro Guzmán a la tremenda hazaña.

(*Lira bélica*, ed. de José Sanz y Díaz, 1939, p. 30)

José Martínez Arenas (1888-1970)

Revolución

Clavando guerreros hitos terminales
en fastos de Francia, con mano sangrante
que a Europa conmueve,
con falsas teorías, con luchas sociales

216. El Alcázar de Toledo quedó prácticamente destruido tras el asedio de las tropas republicanas durante setenta días (22 de julio al 27 de septiembre de 1936).

217. José Moscardó fue el jefe de las fuerzas franquistas en Toledo tras el Golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Dirigió la defensa del Alcázar de Toledo frente al asedio de las fuerzas republicanas, lo cual le otorgó entre los golpistas un gran mérito. Ello le permitió acceder a diversos cargos de importancia durante la dictadura posterior.

218. Militar y noble leonés nacido en 1256 y fallecido en 1309, fundador de la casa de Medina Sidonia. La vinculación de Moscardó y Guzmán el Bueno brota de una comparación entre la defensa del Alcázar, protagonizada por el primero en 1936, y la defensa de Tarifa, protagonizada por el segundo en 1294. Esta vinculación adquirió tal prestigio en el bando franquista que en 1947 el Ayuntamiento de Tarifa le concedió a Moscardó la Medalla de Oro de la Ciudad, por las aparentes similitudes de los acontecimientos.

en campos de Clío, vivió el petulante
siglo diez y nueve.

El pueblo interviene en la vida del mundo.
¿El pueblo? ¿Qué pueblo? - ¿La plebe sarnosa
cubierta de harapos,
sucia de miseria y de vicio inmundo
que escupe blasfemias y ondea rabiosa
por banderas, trapos?

¿La bestia insaciable que lleva en su pecho
el cáncer del odio, la mala pasión
y el deseo bajo?

¿La hora trashumante que arrastra su lecho
por mil lodazales, sin otra razón
que huir del trabajo?

¿El rebaño estulto de instinto voltario
que vive paciando materiales bienes
y que corre en pos
del primer farsante revolucionario
que halaga sus vicios y le ofrece edenes
negando a su Dios?

El pueblo –¡mi pueblo!– es la raza bendita
que sigue la ruta que Dios le ha marcado
con fe y con placer.

El pueblo es la aldea, la plaza, la ermita,
la feria, la fiesta, la tienda, el mercado,
la fragua, el taller.

El pueblo es la gente que lucha y que goza
y frente al deber ni le arredra nada
ni busca el atajo.

El pueblo es la casa, el palacio y la choza
con hogar tranquilo, con familia honrada,
con pan y trabajo.

El pueblo lo nutren patronos y obreros,
pobres labradores, ricos hacendados
en franca amistad.

El pueblo no tiene sociales linderos
lo forman alegres los hombres honrados
en santa hermandad.

.....

El pueblo de España que vive y alienta
por la Fe de Cristo, sin miedo a la fiera
se ajusta a su Ley,
y se lanza bravo con mano violenta
a salvar la raza bajo la bandera
de Dios, Patria y Rey.

Porque Dios lo quiere –forjando el gran día
en su alto designio– durante cien años
espera en la brecha,
viendo cómo deja la corriente impía
de odios y de luchas, de dudas y amaños
a España maltrecha.

.....

En cambio, el rebaño sin Dios, ni camino,
cien veces varía de rumbo y sendero
sin normas ni fin;
y un día es la Reina dueña de su sino
otro deposita su fe en Espartero
y otro día en Prim.

Como no tenía glorias, ni ilusiones
y ha perdido todo el aliento cristiano
y la fe en sí mismo
cantando tristezas, desesperaciones,
soñando quimeras, se hunde en el pantano
del Romanticismo.

No luce en España de Cristo la estrella,
la desesperanza los pechos desgarrá.
España delira;

el vate no encuentra temas de epopeya,
se muere Espronceda, se suicida Larra
y Bécquer suspira.

En un salto histérico a la Reina destrona,
y en tragicomedia, que mueve a la risa,
de que es corifeo
el general Prim, la regia corona
subasta en el mundo y un rey improvisa
con Don Amadeo.

El rey extranjero no puede reinar
sobre tanta gente que hace menosprecio
de la cosa pública
y España que nada deja de probar
en el siglo vano, liberal y necio
tiene la República.

Soporta la patria de tan fieros dolores,
enconos tan hondos, tan dura condena
en su corazón
en aquellos días llenos de temores
que deja que llegue sin gloria ni pena
la Restauración.

Los Borbones vuelven al trono español
y aquella corriente vana y liberal
impone, arbitraria,
un tópico absurdo en vez de un crisol.
¡Una monarquía constitucional
y parlamentaria!

La patria, entretanto, la van consumiendo
los grandes partidos que gozan los suaves
aires de Madrid.

No importa la patria, importa ir viviendo.
¡Hay quien aconseja guardar con cien llaves
el Arca del Cid!

La fe, el entusiasmo de la raza fuerte
no alienta su alma, y en este despego
pierde las Antillas.
La raza dormita soñando en la muerte.
España se pudre bajo el sol de fuego
de las dos Castillas.

Las fuerzas ocultas que el mundo manejan
reviven con saña las manos hostiles
de los bandoleros
y a la madre santa en tierra la dejan
llagada de huelgas y de atracos viles
de los pistoleros.

Por miedo a la muerte que a la patria amaga,
sin rubor, hurtando el alma al sacrificio
que España exigía
dos ciudades ricas le abren otra llaga
de un nuevo infortunio con el artificio
de su autonomía.

.....

La lira se cansa de vibrar con duelo
cantando dolores de la hispana tierra
que acaba sin gloria
cuando al alma triste le llega el consuelo
del terrible estruendo que hace la Gran Guerra
en toda la historia.

(Cancionero de la esclavitud. Poemas de la epopeya, 1939, pp. 43-48)